

Apropiación, difusión y transferencia urbana.

Francisco Reina Fernández-Trujillo

Actuar sobre un tejido histórico implica partir de un conocimiento profundo de su propia dinámica y de la ciudad, investigando si éste es capaz de regenerarse por sí mismo o si es necesaria la introducción de factores externos que produzcan alguna activación. En el primer supuesto, un planeamiento preciso y el control institucional será suficiente para que la iniciativa privada lidere la regeneración. En el segundo, la administración debe protagonizar la acción recuperadora introduciendo elementos que sean capaces de activar, devolver tensión al complejo tejido social, generando una **nueva situación de equilibrio** urbano.

La introducción de un equipamiento cultural puede convertirse en uno de estos posibles elementos de contaminación positiva o activadores de un tejido degradado. No obstante, tan necesaria es la valoración previa del **tipo de equipamiento** y sus condicionantes (entidad, alcance urbano, funcionalidad, accesibilidad...) como de las **particularidades del tejido** (o tejidos) urbano que se verá afectado y transformado por su implantación. En este sentido, además de las arquitecturas consideradas como monumentales y el resto de elementos que puedan presentar valores tipológicos, constructivos, espaciales o ambientales, el carácter del caserío tiene una incidencia fundamental en la lectura del "grano" de la ciudad¹.

Los equipamientos

Los equipamientos suponen una oportunidad de activar la arquitectura en su máxima dimensión. No son simplemente elementos con una función específica, sino creadores o **cualificadores del espacio público** al que pueden enriquecer: referentes físicos y simbólicos, elementos atractivos que proporcionan visibilidad y seguridad, mayor diversidad de usos,... (no deberían ser la expresión del poder que manifiesta la monumentalidad). Puede ser más importante lo que provocan que su propia función, sobre todo por su capacidad de generar centralidad y promover espacios de transición con los espacios privados.

De este modo, los equipamientos culturales tienen la capacidad potencial de ser **espacios públicos** dependiendo de la relación que establezcan con el tejido urbano, con sus entornos físicos y sociales, de su apertura y de su capacidad de generar espacios intermedios de uso ciudadano. Son una oportunidad de mejorar áreas si además de cumplir con su función específica, potencian su uso y el de su entorno como espacio público.

Intervención

El proyecto de arquitectura puede llegar a ser un potente instrumento de disección, de identificación de problemas y potencialidades, de detección de lugares que requieren transformaciones más o menos complejas,... planteando una primera aproximación de diseño; exige en muchos casos la superación de los esquematismos derivados de los actuales procesos de catalogación y el planteamiento de unas normas específicas de ordenación y gestión ajustadas a las particularidades, al carácter de cada tejido histórico. La integración urbana del equipamiento debe tender a construir un **nuevo orden** que dé respuesta a las complejas relaciones existentes en los tejidos históricos, con vocación igualitaria y abierta, con diversidad de centralidades y equilibrando funciones entre lo público y lo privado.

En principio, la magnitud de la respuesta transformadora debe estar en relación directa con la capacidad que tiene el tejido de admitirla. Su objetivo no es la nueva pieza en sí misma, sino el carácter, las condiciones sociales, espaciales, funcionales...del área en la que se implanta. Desde la arquitectura, sería más deseable una actitud de "acompañamiento" frente a una actitud de imposición. La introducción de un nuevo edificio como fórmula para renovar o hacer la ciudad tiene sentido cuando existe una estrategia más compleja y de mayor alcance de la que formará parte la nueva pieza. En cambio, cuando se encuentra más cercano a transformar o "crear" un entorno que a integrarse en él, ignorando su evolución y potencialidades, se puede convertir en un elemento ajeno.

Como actitud de partida, el proyecto arquitectónico debe ser más fuerte y de mejor calidad - como factor de identidad, de atracción, de prestigio- cuanto más pobre y deteriorado sea un entorno². Así mismo, aunque la actuación pueda provocar un impacto positivo sobre la zona (mejora de servicios públicos y la seguridad, renovación de las actividades económicas...) su incidencia debe ser controlada para evitar una terciarización excesiva o el desplazamiento de la clase social residente y que pueda, por tanto, hacer peligrar el carácter del tejido original.

La variedad de la oferta cultural puede generar la integración de otros servicios, la activación de otros usos que repercutan en la zona, haciendo más factible la aparición de espacios de transición articulados con el equipamiento. Las propuestas arquitectónicas, a la par de mostrarse sensibilizadas al carácter de los tejidos históricos en los que se insertan, deberían facilitar las nuevas relaciones de uso que los equipamientos culturales pueden producir. En este sentido es básico el tratamiento de los espacios de encuentro con el orden urbano.

Así mismo, este factor incidirá en el destinatario o tipo de público que debería en lo posible extenderse al resto de la ciudad, excediendo el ámbito del barrio.

Notas

1. Un caserío compacto como el de Cádiz –construido en un corto periodo de tiempo por una pujante clase burguesa en el interior de una plaza militar – eleva sobre el mar un contundente zócalo blanco de bordes precisos donde el espacio público aparece por eliminación de una masa, como si operásemos sobre una talla. Las calles, como incisiones que delimitan nítidamente las manzanas. Patios a modo de perforaciones. Los equipamientos, sometidos, subyugados a la escala del resto, apenas destacan en la trama.

En contraposición, la desdibujada trama urbana de ciudades asentadas sobre terrenos de bordes inestables donde el agua es protagonista. Venecia desdibuja continuamente su perfil por la acción cambiante, aleatoria de la laguna. Un paisaje urbano construido por un caserío de escala menuda estructurado por una red arterial de canales, donde también tiene acomodo -de manera más casual que determinada- el espacio público. El proyecto del hospital de Le Corbusier ofrece una reflexión magistral sobre la lectura del tejido y la abstracción de su esencia como argumento de proyecto: la introducción de un equipamiento, en este caso, un sistema general que amplía la ciudad sobre el agua.

2. Jordi Borja (2003). La ciudad conquistada. Alianza Editorial. Madrid.